

LA CONFESION DE LA CARNE

A
III A mi excelente y queridísimo amigo el
doctor A. Carreras.

I

Alejandro era uno de esos jóvenes que, teniendo una vocación profunda por su carrera, se atormentan, sin embargo, con la idea de que no los llama Dios por el camino que han emprendido.

—Desengáñate, mamá,—le decía a la buena doña Rosa;— para que anduviesen aparejados mi gusto y mi obligación, hubiera valido más quedarnos en Burgos, y a estas horas tendría yo una corona, un círculo blanco en el cuero cabelludo, y por profesión la de soñar con una escala de graduales perfecciones que, apoyándose en el suelo, como la de Jacob, fuese a parar en el Sumo Bien, en la fuente eterna de la perfección suprema. Desengáñate: erré mi vocación.

Pedir al cielo nimbos de luz con los cuales desvanecer las sombras que el mal acumula sobre los humanos; llevar una palabra de consuelo y de reposo al que, combatido por las tempestades del mundo, siente su alma como la vela de la lancha pescadora, que el huracán rasga en jirones tembladores; arrojar el aceite exprimido del fruto que brota en el sim-

bólico olivo sobre las encrespadas olas de las pasiones revueltas, y hablar a los demás de las dulzuras tranquilas de la honestidad y del reposo grato que sólo el trabajo honrado y una conciencia serena pueden ofrecernos, qué bien inmenso para mi propio espíritu! Y, en vez de adiestrarme para el desempeño de esa misión, dedicar hora tras hora a las áridas clasificaciones que en Mineralogía preceden al conocimiento de las inertes piedras, al de los inanimados vegetales en Botánica, y al de los inconscientes brutos en Zoología; consagrarlas a la Física para llegar a saber que una manzana abandonada a sí misma cae irremisiblemente, y, partiendo de éste y de otros hechos parecidos, formular principios pomposamente enunciados, como **Ley de la gravedad**, **Ley de la inercia**, y tantos otros; a la Química para seguir fatigosamente la danza macabra de las moléculas en el Universo; aprender con la Anatomía el minucioso catálogo de huesos, músculos, vasos, nervios, cartílagos y demás piltrafas del organismo humano; entrar con la Fisiología en el vaivén interminable de las funciones con que cada una de esas entidades parciales realiza la vida orgánica, deleznable y terrena como un castillo de naipes en el cual ninguna carta tuviera una sola arista definida, ni un solo ángulo recto, matemáticamente trazado, sobre el que apoyar la mísera edificación que cosas más sutiles, que un soplo fuerte son capaces de aniquilar; presenciar un día y otro esta obra de destrucción en las Clínicas, estudiar sus formas en las Patologías, sus remedios en la Terapéutica y los modos y maneras de prevenirlas, de evitarlas o de atenuarlas, en las Higienes, para disponer a luchar siempre contra ellas; contra la enfermedad, la **infirmidad** de los latinos, la falta de firmeza con que los pies se agarran a la tierra.

¿Te parece toda esta labor, mezquina, temporal, terrena que no ha producido resultado más alto

ni más simpático que el de aliviar un tanto el dolor físico y alargar un poco la vida, tarea de bastantes atractivos para quien soñaba y sueña como yo, con la vida inmaterial y eterna del espíritu?

¡Aliviar el dolor! ¡Pretensión loca, orgullo satánico que supone la rectificación de la obra divina que en el dolor puso la revelación del bien!

¡Prolongar la vida! Pretensión tan generosa como ilusoria desmentida a cada paso por la realidad, cuya experiencia sintetiza el saber popular en este adagio: "Nadie se muere hasta que Dios quiere."

Imágnate, en cambio, que yo a estas horas fuera sacerdote: ¡Qué vida llena de encantos celestiales! Mira, madre, por una sola de las funciones sacerdotales, cambiaba yo todas las glorias, todas las satisfacciones y todo el provecho que pueda proporcionarme la carrera que he emprendido: por el ministerio de la confesión.

¿Sabes tú la emoción dulcísima que debe experimentarse al recibir como el vaho de un alma que después de un severo examen de conciencia viene en busca del precepto divino poniendo a los pies del sacerdote sus torpezas, sus vicios, sus pecados, disponiéndose a desligarse de todas sus impureza anteriore? Sobre todo, sobre todo, madre, imágnate la virginidad de un alma abriendo sus apretados secretos, las luchas tormentosas de la juventud, saliendo en tropel de los labios del propio pecador, sin velos ni reticencias, todo lo que hay de más íntimo, de más profundo, de más recóndito en el espíritu humano, mostrando la obra divina en su esencia misma. Desengañaate, madre: yo he debido ser cura; pero ya es tarde para rectificar mi error.

Es preciso que ardan los carbones encendidos que han de cocer en la negruzca hornilla esos benditos alimentos con que tú me nutres, tû, alma mía, que representas la bondad providencial que te puso en la tierra para que dieras vida a mi cuerpo y mode-

laras mi espíritu habilitándole para reconocer y bendecir a Dios.

Pero... no te preocupes por cuanto acabo de decirte. No seas tonta! Voy a establecerme, voy a ejercer y siento una alegría infinita. Todas esas majaderías que te digo no son más que las nubecillas transparentes, colocadas en el cielo por un poder bienhechor para impedir que la intensidad misma del sol de las grandes alegrías nos trastorne con el vigor de sus ardientes rayos... No llores boba!., Mira la tarjeta que voy a encargar al litógrafo. ¿Ves?

Alejandro Fernández Almanzón

Especialista en las enfermedades nerviosas

Horas de consulta: de 1 a 5.

II

—¿El señor Fernández Almanzón?

—Pase usted.

Y la vieja criada, al ver el galano atavío de aquella joven y hermosa señora, puso de su parte cuanto afabilidad era capaz de demostrar hasta dejarla en el despacho para ir apresuradamente a avisar al joven médico.

—Vengo de parte de su compañero el doctor Albas de Trujillo—dijo la visitante,— entregándole una tarjeta.

Y mientras Alejandro pasaba la vista por las líneas escritas en el cartoncito, exclama ella precipitadamente:

—Ay, doctor! No me diga, por Dios, que no puede curarme!

Alejandro tranquilizó como pudo a la agitada señora, la cual empezó así a explicarle sus dolencias.

—Tengo, doctor, una intranquilidad constante, insomnios pertinaces, dolores de cabeza, fiebres, susos sin motivo y alegrías extremas sin causa ni

razón. A veces se me forma un nudo en la garganta que parece que me ahoga.

—Calma, calma—le decía él, tratando de ordenar aquellos datos confusos y atropellados. —¿Qué edad tiene usted, señora? Porque supongo que es usted....

—Sí: señora y viuda, por mi desgracia.

—Vamos, despacio,—repetía el doctor, tomando acentuaciones pausadas como las de un viejo; —que no hay para envejecer el espíritu como la conciencia de la propia responsabilidad. Vamos despacio. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años. Los cumplí el día de la Purísima. Pero, doctor, y eso, ¿qué importa?

—Mucho, hija mía,—replicaba afectuosamente Alejandro con aquella imperturbable tranquilidad, que ponía en su barbudo rostro de veintiseis años serenidades de cincuenta.— ¿Tiene usted padres?

—Sí, señor: tengo padre.

—¿Y madre?

—Madre, también he tenido.

El doctor no pudo menos de sonreírse ligeramente. Reanudando su interrogatorio, continuó:

—Y, ¿cómo era su madre y cómo es su padre?

—Buenos, señor, muy buenos. Mi madre era un ángel y mi padre también; a pesar de sus extravagancias y de sus inflexibilidades.

—He preguntado mal. No me refiero a sus condiciones morales. Voy en busca de los antecedentes fisiológicos de usted. Las noticias que de ellos le pue se refieren a su salud.

—¿A su salud? Pues mi madre fué siempre una señora muy fuerte. Sólo los malditos disgustos por que hemos atravesados pudieron minar su vida. Y por lo que hace a mi padre, aunque es aprensivo y exagerado como él solo, no le he conocido nunca padecimiento alguno.

—Me ha dicho usted hace un momento que tenía inflexibilidades y extravagancias!

—Sí, señor; pero no vaya usted a pensar por eso mal de él. En el fondo es un ángel.

—Bien,—le interrumpió Alejandro con cierta severidad que le imponía la necesidad de dominar un poco el desorden de la presunta histérica.— No tengo por qué pensar bien ni mal de él: a mí, sólo me toca respetarle profundamente. Pero si en el fondo es un ángel, en la forma es un organismo, y este último es el aspecto, bajo el cual me interesa conocerle. Esas extravagancias, ¿qué caracteres revisten?

—Le dan manías a temporadas, y cuando le molesta algo no se le puede contradecir, porque se enfada, se irrita, se sulfura y no para de decir y hacer atrocidades hasta que él mismo se calma.

—Y su madre de usted, ¿era también nerviosa?

—No, señor. Era, por el contrario, la dulzura y la complacencia en persona. Siempre estaba tratando de adivinar lo que los demás deseaban para hacerlo.

—Entre las manías de su padre, ¿hay alguna predominante?

—No, señor. La única que le ha durado siempre ha sido la inquina que le tenía a mi marido, con quien me case a disgusto suyo. Y eso que Joaquín era un pedazo de pan. Era el teniente más gallardo y más airoso de la artillería española.

Empezó por serle muy simpático a papá, porque nunca le contradecía; pero no sé quién le contó qué sé yo qué diabluras suyas. Porque ha de saber usted que Joaquín era un poquillo alocad y le gustaban sobremanera las muchachas. En cuanto vino aquel día, le repitió mi padre lo que le habían contado, y le preguntó si era cierto; y él (para que vea usted lo que valía mi marido) le contestó que sí había un poco de exageración y un mucho de mala voluntad en todo ello, aparte de esto, no le ha-

bían dicho más que la verdad, y que precisamente por eso quería casarse conmigo, porque estaba seguro de que yo constituía un remedio a todos sus males. Que todas las mujeres le parecían feas, desde que me había conocido, y que el día que él me tuviera a su lado no iría más al círculo que frecuentaba por puro aburrimiento, y donde por puro aburrimiento solía poner un duro al rey de espadas.

Mi padre le dijo entonces:—"Esa franqueza no la tiene más que un canalla empedernido o un hombre honrado, víctima de un extravío. En este último caso, la corrección es fácil y en su mano está. Si quiere usted tratar a mi hija y casarse algún día con ella, es preciso que se enmiende por completo."

Así se lo ofreció Joaquín. Pero.... ¡qué quiere usted!.... ¡Cosas de la vida! Se repitieron los chismes y hubo un rompimiento. Mi padre le prohibió que volviese a poner los pies en casa.

Desde entonces empecé a sufrir los insomnios. Yo le quería, a pesar de sus locuras. Mi padre me convencía; pero él me encantaba, me fascinaba. En esto ascendió; y como no esperábamos otra cosa nos casamos contra viento y marea. Pocos días antes de celebrarse el matrimonio le nombraron capitán-cajero de su regimiento. A los seis meses no sé que se descubrió en la caja, y mi marido fué llevado a las prisiones de San Francisco.

Cuando iban calle abajo mi Joaquín sin la espada y el oficial que vino a buscarlo con ella al cinto, resultaba el mío más armado y más valiente que el otro. Se volvió en la esquina y se detuvo allí un instante. Parecía que explicaba a su compañero una lección de balística. Porque él era un gran tirador. Tenía un tino, que cuando apuntaba ponía el alma en el disparo y donde fijaba la mirada horadaba con el proyectil. Se pasó la mano por el bigote (más sedoso y más suave que la **peluche** de este abrigo) como para enviarme, un beso que, dando como siem-

pre en el blanco, atajó una lágrima en el borde de mis pestañas.

En San Francisco pasó catorce meses. ¡Qué noches, doctor! Los insomnios seguían, los dolores de cabeza eran tremendos. Pero yo entonces no me ocupaba de mí. Mi pobre madre sufría por mí y por ella. Por fin, le condenaron, injustamente, por supuesto, y cuando supo que le separaban del ejército concibió una idea funesta. El día que vinieron los guardias civiles para llevarle a Valladolid a cumplir la condena, se suicidó. ¡Qué días tan horribles! Después vino la muerte de mi madre. ¡Pobre alma mía!

En aquellos ojos hermosísimos, el recuerdo de tantas desgracias cuajó lágrimas abundantes, y los sollozos ahogaron por un momento sus palabras.

Alejandro trató de calmar un poco a la desventurada; y cuando, ya más serena, pudo renaudar su interrogatorio, salieron por aquellos labios apretados y carnosos, con redondeces de guinda y enrojecimientos de fuego, una a una, las interioridades más íntimas, los secretos más delicados de su vida emocional, en toda su desnudez, causando terribles escalofríos al joven doctor, en cuya fisonomía impasible apenas hubieran podido sorprenderse las sacudidas que le producía la revelación de cuanto encerraba la piel sonrosada de la hermosísima señora. Bajo el cutis transparente de aquella Venus bética serpenteaban coquetonas las venas azuladas, revelando angustias infinitas, anhelos sin realización, como las estrías que cruzan los pétalos de una flor encerrada entre los muros de un gabinete, sin recibir en el misterio de la callada noche las gotas del rocío, convertidas por los primeros rayos del alba en brillantes tembladores, en chispas de luz traviesas, que corren por la corola y arrastran el polen elaborado en el interior de las anteras, poniéndolo en contacto con el tejido celular, desnudo del aterciopelado es-

tigma desprovisto de epidermis, juntando con los lazos eternos de la vida el individuo a la especie.

Pobres flores cuyo color roe en el búcaro la gangrena de su infecunda soledad, marchitando en silencio sus encantadoras lozanas!

—¡Ejercicio, ejercicio al aire libre, mucho paseo, mucha higiene para el espíritu y para el cuerpo. Y, además, estas píldoras de las cuales tomará usted una antes de cada comida, durante toda la semana. El sábado vuelva usted, señora, por aquí.

III

—¡Pobre hijo mío! Ya estás sujeto al yunque de tu profesión. ¡Cómo me apena pensar que por mí te entregas al ejercicio de una carrera que no te agrada! Tú que hubieras querido ser sacerdote, aunque sólo fuera, como me decías, por ejercer el ministerio de la confesión!

—Calla, madre, que al decirte eso hablaba de lo que no conocía! Estoy asombrado. Yo no imaginaba que existiera otra confesión que la del espíritu, la de cuanto, al examinar su propia vida pudiera un alma encontrar en ella de pecaminoso. Pero acabo, madre, de descubrir otra que, como **fenómeno** psicológico (independiente del valor religioso y moral del acto,) resulta más completa, más **confesión** aún: la de la carne.

El anhelo por el bien del espíritu y el temor de las penas eternas, hace al pecador buscar en sí mismo cuanto pueda haber que a sus ojos revista forma o figura del pecado, y los hechos pasan por el tamiz de este prejuicio. El deseo de la salud y el miedo al sufrimiento material impulsan al enfermo a desplegar espontáneamente todos sus rincones, todos sus escondrijos a los ojos del médico.

El pecador debe meditar y ofrecer el resultado de su examen de conciencia: el enfermo lo ofrece todo.

En la confesión hecha al sacerdote o al amigo, bajo las bóvedas del templo o en el seno del afecto, se les dice lo que nos **pesa** haber hecho de cuanto ha dejado una imagen clara y precisa en la conciencia; al médico se le revela lo que nos **pesa** y lo que nos **agrada**, lo que hay en nuestra conciencia; que se haya traducido en actos y lo que hay en nuestros actos que, aún habiendo escapado a la reflexión consciente, haya sacudido y agitado el sensorio.

No te lo digo, madre, por quitarte aquella penosa impresión: es que estoy deslumbrado, aturdido, al encontrarme con todos los secretos que laten y palpitan en la confesión de la carne.